





TRÁNSITO DE ESPUMAS DAISY ZAMORA

Daisy zamora

Tránsito de espumas



Colección
Lima Lee




DAISY
ZAMORA

Daisy Zamora

Nació en Nicaragua.

Graduada en psicología y psicopedagogía por la UCA y postgrado por el Instituto Centroamericano de Administración de Empresas (INCAE). Estudió pintura en la Escuela Nacional de Bellas Artes de León. Fue combatiente del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN); participó en el operativo de la toma del Palacio Nacional, sede del congreso somocista, y fue programadora y locutora en la radio Sandino clandestina. Al triunfo de la revolución fue nombrada viceministra de cultura. Fundadora del Centro Nicaragüense de Escritores (CNE), de la Asociación Nicaragüense de Escritoras (ANIDE) y de la Coalición de Mujeres en Nicaragua. Zamora es conocida por su lucha en defensa de los derechos de la mujer. Autora de siete poemarios en español. El más reciente es *La violenta espuma* (Visor Libros, 2017). Ediciones bilingües de sus libros han sido publicadas en los Estados Unidos e Inglaterra. Traductora de poesía (inglés, español) y editora de una colección de ensayos y varias antologías, entre ellas, la primera antología de mujeres poetas nicaragüenses, publicada en su país y en Latinoamérica, y la primera antología de talleres de poesía en español publicada en los Estados Unidos. Premio Nacional de Poesía Mariano Fiallos Gil 1977 y Beca del California Arts Council en Poesía 2002, entre otros. Ha dado recitales y conferencias en diversos países y en los Estados Unidos, donde fue presentada en la serie de PBS *The Language of Life with Bill Moyer*s y en el premiado documental ¡*Las Sandinistas*! (2018) de la cineasta norteamericana Jenny Murray. Actualmente enseña en San Francisco State University.

Tránsito de espumas

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

TRÁNSITO DE ESPUMAS

Poemas escogidos y poemas nuevos
de Daisy Zamora

Recuerdo duro y vivo como un barco
que apenas marca un tránsito de espumas
en su nocturna huida de mi pecho.

Joaquín Pasos

Linaje

Pregunto por las mujeres de mi casa.

Desde niña supe la historia del bisabuelo:
Científico, diplomático, liberal, político,
padre de prole numerosa y distinguida.

¿Y doña Isolina Reyes, casada con él desde
los quince años hasta su muerte, ¿cuál fue su historia?

Mi abuelo materno se graduó *Cum Laude*
en la Universidad de Lehigh, Filadelfia,
y aún se conserva su tesis, fechada en 1900.
Dirigió la construcción de kilómetros de vía férrea
y solo la muerte repentina truncó su sueño
de extender el ferrocarril hasta la costa Atlántica.
Nueve hijos e hijas lo lloraron.

¿Y su esposa Rudecinda, que parió esos hijos,
los cuidó y amamantó, ¿qué sé de ella?

Pregunto por las mujeres de mi casa.

Mi otro abuelo era un patriarca
cuya sombra amparaba a la familia entera
(incluidos cuñados, primos, parientes lejanos, amigos,
conocidos, y hasta enemigos).
Empeñó su vida en ampliar un patrimonio
que todos dilapidaron después de su muerte.

¿Y a mi abuela Ilse, ya viuda y despojada
que le quedó, sino morirse?

Pregunto por mí, por ellas, por las mujeres de mi casa.

Querida tía Chofi

A Adilia Moncada

No eras la tía Chofi del poema de Jaime Sabines,
pero también te llamabas Sofía, Chofi.
Vos, la rebelde desde chiquita,
la que se casó contra todo el mundo
pero con su hombre. Aunque la vida
después resultara un purgatorio e infierno
hasta que Guillermo terminó desnucándose borracho
para tu descanso. Y concluiste
otro capítulo de tu vida
que yo te escuchaba contar, fascinada,
mientras hacías escarchas de azúcar de colores
que secabas al sol en láminas de vidrio.

Artesana, imaginera, panadera, decoradora,
poblaste tu mundo de enanos, Blancanieves,
Cenicientas, niñas de quince años,
parejas de primera comunión, casamientos,
tiernos de bautizo,

entre tules, perlas, filigranas,
ramilletes, cintas y lazos de pastillaje.

Los sacuanjoches sacados de panas de agua
se convertían en tus manos en coronas,
diademas y cetros frescos
—efímeros símbolos de efímeros reinados.
Los mediodías eran la penumbra de tu cuarto
contra el solazo. Tu aposento lleno de pinceles,
óleos, moldes de yeso,
caballetes, lienzos, bastidores,
santos de bulto a medio retocar,
y en medio del caos, tu cama eternamente desarreglada.
Habladora, conversadora, platicabas mientras ibas
fumando cigarrillos,
encendiendo uno con la colilla del otro
hasta dejar tu cuarto como un cenicero lleno
de colillas retorcidas y fragante a tazas de café,
miel, azúcar, harina, claras de huevo,
trementina, aceite de linaza,
sábanas viejas.

Amazona admirable en tus fantásticas hazañas:
amarraste al ebrio de tu marido,
te amaste con el primer gurú legítimo de la India
que pasó por Managua.
Curandera, hacías medicinas, jarabes y pócimas
terribles
que nos obligabas a beber
contra todas las enfermedades posibles.

Recorrías Managua bajo aquel solazo
con tu cartera repleta de chunches,
el pelo alborotado,
y la eterna brasa entre los labios.

Qué necesidad, qué desgracia no ayudaste:
Partera, Enfermera,
alistabas muertos, atendías borrachos,
defendías causas perdidas desde siempre,
y en todas las discusiones familiares
gobernaba tu figura desgarbada.

Siempre en tránsito, viviste
en cuartos alquilados,
te salvaste de milagro en los terremotos,
y cualquier persona soportó cualquier barbaridad tuya.

Te peleaste hasta con la guardia
y fuiste a parar al exilio de México.

A veces, con tus manos pequeñitas y regordetas
de puntas afiladas, como manos de bebé
o como palmeritas de abanico en miniatura,
te arreglabas el pelo entrecano
con una onda sobre la frente,
y en ese gesto rápido, fugazmente
se vislumbraba tu antigua gracia.

Porque un día de verdad que fuiste hermosa,
morena y altiva.
Nada tenía que ver esa joven con vos misma,
Oveja Negra, Paja en ojos ajenos,
Vergüenza de tu única hija
—que a pulso enviaste a estudiar a México—
y de allí saltó a Pittsburgh, a New York,
y recorrió Europa acumulando becas
y títulos académicos
con nostalgia de supuestos linajes
para borrarte, para no verte,
para no tener que sufrirte.
¡Ah!, pero vos te llenabas la boca con su nombre.

La mañana antes de tu muerte
estuviste igual que siempre, gritona y bocatera,
solo que te quejaste
de mucho malestar en los riñones.
(Tu hija supo la noticia en Buenos Aires)

Vos que me contabas de tus trances en el espejo
tus reencarnaciones
—múltiples vidas de las que recordabas
incontables anécdotas:
en una de tus vidas fuiste una niña que murió
recién nacida, en otra, un hombre aventurero. . .

¿En qué vida estás ahora
que ya no te llamas Sofía,
                Sabia, Sabiduría,
ahora que te llamas huesos, madera desvencijada,
podredumbre, tierra vegetal,
humus, fosa, oscuridad,
                                nada?

Ahora que ya no estás, que ya no existís,
quizás te reconozcas
                                en este espejo.

Para mi abuelo Vicente, desde enero hasta su muerte

I

Tú y yo poseemos un marco de silencio
que nadie penetra
y en el que solo platicamos
tú y yo.

Porque del mismo manantial brotamos
del mismo árbol, de la misma piel.
Y en el camino, de nuevo nos encontramos
y nos reconocimos.
Aunque había mucha gente y te llamaban,
tú te quedabas sentado en la vereda y me esperabas.

Era yo muy pequeña cuando me encontraste,
y a tu sombra, fresca como de sauce,
me cobijé y crecí tranquila.
Tus ramas se extendían flexibles como lirios

y detenías las lluvias, los vientos y las fieras.
Solo la luz entraba filtrada entre tus hojas.

Hoy soy fuerte y a ti
se te han ido las hojas con el viento de enero.
Pero no te aflijas, que ya he visto retoños
brotar entre tus ramas.
Pasará la sequía, y cuando mayo llegue
tus ramas estarán cubiertas de hojas tiernas.
Y de nuevo habrá lluvias, y sequías y vientos. . .
Pero tu savia es fuerte,
tendrás retoños nuevos,
y tu sombra, fresca como de sauce,
rumorosa y flexible,
permanecerá viva para siempre.

II

¿Por qué te fuiste?

Los bambúes que sembraste a la orilla del camino,
los heliotropos y las gardenias preguntan por ti.

Los rosales te esperan y las gencianas dobles.
Los jazmines y las gemelas
la llama-del-bosque y las acacias
los mangos-enanos y los guanacastes
el laurel-de-la-India y los cardoncillos,
todos preguntan qué cuándo regresarás.

El chilamate del patio adoquinado
cada día te espera con su sombra abierta
y la pitahaya no quiere florecer hasta que vuelvas.

Desde que te fuiste
las ranas ya no cantan en las noches de lluvia
y las quiebra-plata no brillarán más.

La fuente está oscura y callada,
tu cuarto desierto, tu hamaca vacía,
tu escritorio, tu sombrero, tu capote y tu mochila,
tu machete y tus botas,
todos están quietos y te esperan.

¿Por qué te fuiste?
¿Por qué dejaste todo lo que amabas?

¿Por qué?

III

Ahora quisiera regresar —inútilmente—
a los últimos días dolorosos
llenos de medicinas y visitas y voces,
de instrucciones y horarios y angustia contenida.
Y de aquella esperanza, pequeña y persistente,
que ninguno decía, pero que de algún modo
—no me explico por qué—
los dos guardábamos.

Quisiera regresar aún más todavía
a los días en que agarrabas contento tu machete
y te ibas muy temprano a ver los animales,
y la penca, y todos los detalles de la finca.
Y a la hora del almuerzo nos contabas
de los recién nacidos terneros,
de la nueva presa de la finca en Boaco
y de la posible compra de guapotes y camarones
para llenarla.
De las latas de miel que había que embotellar,
y de la siembra de naranjas y mandarinas,
de la cosecha y de las lluvias,

y de la tierra, que tanto amabas
porque tú la habías trabajado con tus manos.
Y después sentados en el corredor
platicábamos viejas historias en el frescor de la tarde.

Pero más que todo eso quisiera
regresar hasta los más antiguos días
aquellos en que me diste el mote de «hoja chigüe»
—por fregar tanto—
y me dabas volantines en la cama
y por las noches
me hacías ejercicios de lectura en los periódicos.

Y después, me acostaba y soñaba los juegos
que juntos jugaríamos la siguiente mañana.

IV

En realidad, lo más terrible de tu muerte es
aquello de llegar a la casa y no encontrarte.
Aquella persistencia del vacío
que no importa lo que me esfuerce

sé que allí está y que, además
nunca habrá manera posible de romperlo.

V

Hoy regresó la lluvia, la misma lluvia de antes.
El zacate está verde y el camino lodoso.
Y todo como siempre, pero nuevo y distinto,
igual y distinto.

Porque es la antigua lluvia que vuelve
como tú que te fuiste y estás aquí conmigo
(porque se puede estar y no estar al mismo tiempo).
Y has estado siempre y seguirás estando,
como la lluvia de hoy que es de ayer y mañana,
que ha sucedido siempre sin final ni principio,
y nadie sabe cuándo fue el primer aguacero.

Mensaje urgente a mi madre

Todas íbamos a ser reinas,
y de verídico reinar;
pero ninguna ha sido reina
ni en Arauco ni en Copán. . .

Gabriela Mistral

Fuimos educadas para la perfección:
Para que nada fallara y se cumpliera
nuestra suerte de princesa-de-cuentos infantiles.

¡Cómo nos esforzamos, ansiosas por demostrar
que eran ciertas las esperanzas tanto tiempo atesoradas!

Pero envejecieron nuestros vestidos de novia
y nuestros corazones, exhaustos,
últimos sobrevivientes de la contienda.
Hemos tirado al fondo de vetustos armarios
velos amarillentos, azahares marchitos.

Ya nunca más seremos sumisas ni perfectas.

Perdón, madre, por las impertinencias
de gallinas viejas y copetudas
que solo saben cacarearte bellezas
de hijas dóciles y anodinas.

Perdón, por no habernos quedado
donde nos obligaban la tradición
y el buen gusto.

Por atrevernos a ser nosotras mismas
al precio de destrozar
todos tus sueños.

Qué manos a través de mis manos

Las anchas manos pecosas y morenas de mi abuelo
con igual destreza vendaban una herida,
cortaban gardenias
o me suspendían en el aire feliz de la infancia.

Las manos de mi abuela paterna
—artríticas ya cerca de su muerte,
una vez fueron frágiles manos, filigrana de plata,
argolla de matrimonio en el anular izquierdo;
pitillera y traguito de *scotch* o de vino Jerez
en atardeceres de blancas celosías
y pisos de madera olorosos a cera,
recostada en su *chaise-longue* leyendo trágicas historias
de heroínas anémicas o tísicas.

Mi padre siempre cuidó la transparencia de sus manos
delicadas como ala de querube
hechas para lucirlas
con violín o batuta.

Mi madre heredó las manos de mi abuelo Arturo,
pequeñas y nudosas, con dedos romos.

De tantas manos que se han venido juntando
saqué estas manos.
¿De quién tengo las uñas, los dedos,
los nudillos, las palmas, las frágiles muñecas?

Cuando acaricio tu espalda,
las óseas salientes de tus pies
tus largas piernas sólidas,
¿qué manos a través de mis manos
te acarician?

Preñez

Esta inesperada redondez,
este perder mi cintura de ánfora
y hacerme tinaja,
es regresar al barro, al sol, al aguacero
y entender cómo germina la semilla
en la humedad caliente de mi tierra.

Al parto

¡Ah, dice, cómo en el cristal diviso
a lo que más eterno resplandece,
puede ser escarmiento de ceniza!

Luis de Sandoval Zapata

Desperté con aquellos espasmos.
Desde mi vientre llamaban hacia afuera.
Solo el dolor iba expandiéndose y replegándose
como un oleaje cada vez más agitado.

Me levanté ya con torpeza
abarcando con mis brazos el océano;
sosteniendo, abrazando aquel inmenso corazón
convulso y expectante
                    hasta alcanzar la ducha matinal
porque ya rompían las aguas: la fuente.
Se dejaba venir el torrente incontenible de la vida.

Pero ya frente al espejo
al peinarme el pelo
empapado, chorreándome sobre las clavículas,
vi mis ojos inmersos en pura transparencia;
su verde translúcido de iris resplandecientes
sobre las ojeras, los altos pómulos, la frente comba,
como si tras la piel, mi propio cráneo
me enfrentara con el rostro de la muerte.

Arrurrú para una muerta recién nacida

¿Cómo hubiera sido tu sonrisa?
¿Qué habrías aprendido a decir primero?
¡Tanta esperanza para nada!
Tuve que secar mis pechos que te esperaban.

Una fotografía apresurada
insinúa tu limpio perfil,
la breve boca.
Pero no puedo recordar cómo eras,
cómo habrías sido.

Tan viva te sentí, dándote vueltas
protegida en mi vientre.
Ahora me despierto estremecida
en medio de la noche
—hueco el vientre—
y me aferro a un impreciso primer llanto
que escuché, anestesiada
en el quirófano.

Día de la madre

A mi hija e hijos

No dudo que les hubiera gustado tener
una linda mamá de anuncio comercial:
con marido adorable y niños felices.
Siempre aparece risueña —y si algún día llora
lo hace una vez apagados reflectores y cámaras
y con el rostro limpio de maquillaje.

Pero ya que nacieron de mí, debo decirles:
Desde que era pequeña como ustedes
ansiaba ser yo misma —y para una mujer eso es
difícil—.
(Hasta mi Ángel Guardián renunció a cuidarme
cuando lo supo).

No puedo asegurarles que conozco bien el rumbo.
Muchas veces me equivoco,
y mi vida más bien ha sido como una dolorosa travesía
vadeando escollos, sorteando tempestades,

desoyendo fantasmales sirenas que me invitan al
pasado,
sin brújula ni bitácora adecuadas
que me indiquen la ruta.

Pero avanzo, avanzo aferrada a la esperanza
de algún puerto lejano
al que ustedes, hijos míos —estoy segura—
arribarán una mañana
—después de consumado
mi naufragio.

Visión de tu cuerpo

En la habitación apenas iluminada
tuve una dicha fugaz:
la visión de tu cuerpo desnudo
como un dios yacente.
Eso fue todo.

Indiferente
te levantaste a buscar tus ropas
con naturalidad
mientras yo temblaba estremecida
como la tierra cuando la parte el rayo.

Ser mujer

A María Guadalupe Valle Moreno

Haber nacido mujer significa:
poner tu cuerpo al servicio de otros,
dar tu tiempo a otros,
pensar solo en función de otros.

Haber nacido mujer significa:
que tu cuerpo no te pertenece,
que tu tiempo no te pertenece,
que tus pensamientos no te pertenecen.

Nacer mujer es nacer al vacío.
Si no fuera porque tu cuerpo-albergue
asegura la continuidad de los hombres
bien pudieras no haber nacido.

Nacer mujer es venir a la nada.
A la vida deshabitada de ti misma

en la que todos los demás —no tu corazón—
deciden o disponen.

Nacer mujer es estar en el fondo
del pozo, del abismo, del foso
que rodea a la ciudad amurallada
habitada por Ellos, solo por Ellos,
a los que tendrás que encantar, que engañar,
servir, venderte, halagarlos, humillarte,
rebelarte, nadar a contracorriente, pelear,
gritar, gritar, gritar
hasta partir las piedras,
atravesar las grietas,
botar el puente levadizo, desmoronar los muros,
ascender el foso, saltar sobre el abismo,
lanzarte sin alas a salvar el precipicio
impulsada por tu propio corazón
sostenida por tus propios pensamientos
hasta librarte del horror al vacío
que tendrás que vencer
solo con tu voz y tu palabra.

Celebración del cuerpo

Amo este cuerpo mío que ha vivido la vida,
su contorno de ánfora, su suavidad de agua,
el borbotón de cabellos que corona mi cráneo,
la copa de cristal del rostro, su delicada base
que asciende pulcra desde hombros y clavículas.

Amo mi espalda pringada de luceros apagados,
mis colinas translúcidas, manantiales del pecho
que dan el primer sustento de la especie.
Salientes del costillar, móvil cintura,
vasija colmada y tibia de mi vientre.

Amo la curva lunar de mis caderas
modeladas por alternas gestaciones,
la vasta redondez de ola de mis glúteos;
y mis piernas y pies, cimiento y sostén del templo.

Amo el puñado de pétalos oscuros, el oculto vellón
que guarda el misterioso umbral del paraíso,
la húmeda oquedad donde la sangre fluye
y brota el agua viva.

Este cuerpo mío doliente que se enferma,
que supura, que tose, que transpira,
secreta humores y heces y saliva,
y se fatiga, se agota, se marchita.

Cuerpo vivo, eslabón que asegura
la cadena infinita de cuerpos sucesivos.
Amo este cuerpo hecho con el lodo más puro:
semilla, raíz, savia, flor y fruto.

A una dama que lamenta la dureza de mis versos

Sucede que cuando salgo, lo primero que veo
es un vagabundo que hurga en la basura.
A veces, una loca sombrea su miseria
frente a mi casa. Y el vacío de sus ojos insomnes
entenebrece la luz de la mañana.

Esquinas y semáforos invadidos por gentes
que venden cualquier cosa. . . enjambres de niños
se precipitan a limpiar automóviles
a cambio de un peso, un insulto, un golpe.
Adolescentes ofertan el único bien: sus cuerpos.
Mendigos, limosneros, drogadictos: la ciudad entera
es una mano famélica y suplicante.

Usted vive un mundo hermoso: frondosas arboledas
canchas de tenis, piscinas donde retozan
bellos adolescentes. Por las tardes
niñeras uniformadas pasean en cochecitos
a rubios serafines.
Su marido es funcionario importante.

Usted y su familia vacacionan en Nueva York o París
y en este país están solo de paso.

Lamenta mis visiones ásperas. Las quisiera suaves,
gratas como los pasteles y bombones que usted come.
Siento no complacerla. Aquí, comemos piedras.

Cuando las veo pasar

Cuando las veo pasar alguna vez me digo: qué sentirán
ellas, las que decidieron ser perfectas conservar a toda
/ costa
sus matrimonios no importan cómo les haya resultado
/ el marido
(parrandero mujeriego jugador pendenciero
gritón violento penqueador lunático raro algo anormal
neurótico temático de plano insoportable
dundeco mortalmente aburrido bruto insensible
/ desaseado
ególatra ambicioso desleal politiquero ladrón traidor
/ mentiroso
violador de las hijas verdugo de los hijos emperador de
/ la casa
tirano en todas partes) pero ellas se aguantaron
y solo Dios que está allá arriba sabe lo que sufrieron.

Cuando las veo pasar tan dignas y envejecidas
los hijos las hijas ya se han ido en la casa solo ellas han
/ quedado

con ese hombre que alguna vez quisieron (tal vez ya se
/ calmó
no bebe apenas habla se mantiene sentado frente al
/ televisor
anda en chancletas bosteza se duerme ronca se levanta
/ temprano
está achacoso cegato inofensivo casi niño) me pregunto:

¿Se atreverán a imaginarse viudas, a soñar alguna noche
/ que son libres
y que vuelven por fin sin culpas a la vida?

Cuentos de hadas

Blancanieves se negó a ser sirvienta de los enanos,
y no le permitieron entrar en la casita.
La Cenicienta demandó por maltrato a su madrastra.
Sin escopeta no entro al bosque, dijo Caperucita,
después de que el lobo la siguió por primera vez.
(Su abuela nunca abría la puerta sin asomarse antes).

Piel de Asno se atrevió a denunciar el incesto de su padre.
La Sirenita no murió de amor. Tampoco se ilusionó
con que un príncipe se casaría con ella.
Cuando la Bella conoció a la Bestia, lo quiso tal cual era,
sin esperar milagros de ninguna clase.

Ricitos de Oro ni se atrevió a probar la sopa
—los osos la habrían devorado de inmediato.
La Princesa del Guisante no aceptó dormir
sobre tantos colchones, y les gritó que si dudaban
de su linaje, se fueran todos al infierno.

Alicia jamás viajó al País de las Maravillas,
y la Bella Durmiente se acostó, aburrida,
porque nunca le permitieron hacer lo que quería.

Estos son los cuentos, hija mía.
La vida se encargará de contártelos.

Muerte extranjera

A Francisco Zamora Gámez
y Rogelio Ramírez Mercado

¿Qué paisajes de luz, qué aguas, qué verdores,
qué cometa suelto volando a contra sol
en el ámbito azul de una mañana?

¿Qué furioso aguacero, qué remoto verano
deslumbrante de olas y salitre,
qué alamedas sombrías, qué íntimo frescor
de algún jardín, qué atardeceres?

¿Cuál luna entre tantas lunas,
cuál noche del amor definitivo
bajo el esplendor de las estrellas?

¿Qué voces, qué rumor de risas y de pasos,
qué rostros ya lejanos, qué calles familiares,
qué amanecer dichoso en la penumbra de un cuarto,
qué libros, qué canciones?

¿Qué nostalgia final,
qué última visión animó tus pupilas
cuando la muerte te bajó los párpados
en esa tierra extraña?

Aniversario

A mis hermanos y hermanas

De repente partiste, y no supimos qué hacer.

Allí quedaron, inmóviles, tus cosas:
la bata colgada de la puerta,
las pantuflas al lado de la cama,
el libro que leías, sobre la mesa de noche.

No oímos más tu risa. Tu voz no regresó.

Nos dejaste tan pronto, que te has vuelto el más joven.
Todos —hasta la más pequeña— somos mayores que
vos.

Cuánto ha durado ya, padre mío, el silencio.

Madre anciana

Día y noche metida en el cuarto inmóvil todo el tiempo en manos extrañas de gente pagada que va y viene y se va sin avisar. Quién se hace cargo si no duerme si no quiere estar sola ni un momento si la atención que demanda es excesiva. Quién es capaz de entender que ha vuelto a ser pequeñita que tiene miedo y quiere que su madre la acurruque quién podría entender que añora al padre que la lleve de la mano al parque a comprarle un conejo de chocolate y por eso ella pasa con los ojos abiertos toda la noche aguardándolos, pero no llegan por más que los espere quién recuerda que ella es huérfana que la dejaron sola y que tiene miedo mucho miedo.

Elegía mínima

Acaba de morir una mujer sencilla.
Su vida de auxiliar de enfermería
fue útil a la especie.

No tuvo supermercados,
ni bancos,
no explotó a nadie.

Es decir, no fue dañina
como los magnates,
los dictadores,
los genios de las finanzas
y los politiqueros.

La noticia de su muerte
no será publicada
en ningún diario.
No hay campos pagados
presentando condolencias
a su familia.

ÁNGELA RAYO,
que esta frágil lápida
fije tu nombre
y guarde tu memoria.

Streetcar, San Francisco

El negro agita un tarro vacío de *potato chips*
suplicando monedas,
otro, busca conversación desde su silla de ruedas:
—*Patrick, me llamo Patrick.*
—*Y yo Mary*, dice la pobre muchacha gorda y
colochona.
La china carga resignada su bolsa de cebollas,
el viejo filósofo ensimismado en Kant,
un gay rapado con aretes y gafas azules,
la secretaria feliz, amapola marchita,
premiada por sus treinta años de servicio al banco
con un anillo barato y unas flores.
La joven ejecutiva que la observa con sorna,
el burócrata cansado que dormita. . .

Cada quién con su alma a la deriva
en este viaje sin rumbo
que de pronto termina.

La mesera (2)

Cómo creía entonces que de verdad
para algo me serviría el físico.
Morena y delgadita
solo por mí venían los montones de clientes
desde Managua y Los Pueblos,
ya no se diga los que entraban
de aquí de Masaya.
Me tocaban las nalgas y tenía
ofertas al escoger:
de amorcito para arriba me trataban.

Claro que me acuerdo de vos, Castillito;
desde que te fuiste a México a estudiar
siempre pedí a los amigos
razón tuya.

Ya ves, cómo me tienen los muchachos:
gorda, cansada y varicosa.
Ni estoy tan vieja
pero así son las cosas de la vida;

La mesera más linda del «Mini-16 Rojo»
y de qué me sirvió.

Otilia planchadora

Al ritmo de la Sonora Matancera
Otilia pringa la ropa,
la dobla en grandes tinas de aluminio
y panas enlozadas,
y no sé si baila o plancha
al son cadencioso.

«Los aretes que le faltan a la luna…»
Otilia los llevó puestos al baile
del Club de Obreros.

(Ella tenía novio de bigotito)

Otilia, frutal y esquiva,
entallada por el vestido
bailó, bailó, hasta que se humedecieron
oscuros sus sobacos entalcados.

En la barraca del fondo
—bodega de tabaco, cuarto de planchar,
albergue del relente de las noches

que refresca las tardes de verano—.
Otilia guarda su plancha.
Sueña que Bienvenido Granda
                                        y Celio González
cantan para ella *Novia mía*
mientras se pringa la cara con lágrimas.

La migrante

Se despierta extrañada
desconociendo el cuarto.

¿Adónde se fue el padre,
dónde la madre
que hace un momento apenas
la acompañaban?

¿Dónde están las palabras
de la conversación,
y el patio oloroso
después del aguacero?

Se levanta y suspira.

Este cuarto extranjero
y la luz indiferente
de una mañana cualquiera
que la hiere.

Desde la calle
los ruidos de la vida entran.
Y el sueño queda estrujado
como un pañuelo.

Granizo

A mis hijos

Si ya no los tengo, si ahora
solo sombras abrazo,
y en mi tímpano aún vibra
el rumor de sus risas
y el bullicio de sus voces
y carreras
lanzándose los pedruscos
congelados
como si fueran motas
de algodón,

¿a qué vienes, granizo,
desde el cielo?

¿a desgranar más hielo
sobre el hielo?

MENSAJE DE AMOR Y DESAGRAVIO A ERNESTO CARDENAL EN SU GALAXIA

I

No recibirás mis palabras. Serán interceptadas, retorcidas, deformadas para que se estrellen en el silencio y no las escuchés; lo sé muy bien ahora que anciano y frágil no podés ser aquel indoblegable con la mentira que amedrentabas a los anfibios de aguas turbias enarbolando la verdad como una bandera de pureza. Cuánto lamento, Padre, no estar como entonces a tu lado ahora que dicen que te has dulcificado y quienes te adversaban entran apañados a tu casa como si fuera de ellos, deseosos de sacarte el último provecho. Cómo han de hostigarte creyéndote domesticado como un animalito; cordero dispuesto para el banquete, y vos, anuente a que te despedacen porque estás en tu galaxia y ya dejaste todo aquello atrás, y no te importa que cada uno se lleve su pedazo.

II

Pero ahora te has muerto. Qué alivio entre los batracios ansiosos de manosearte. En el Olimpo acuoso del poder croan tu nombre, te alaban y se enorgullecen con falsa gratitud, pues creen que sí te has muerto y podrán robar palabras tuyas que les atemorizan para decirlas como si fueran propias y nadie va a percatarse del engaño. Viven en el engaño y del engaño de que algo dicen y no dicen Nada, son maestros de la Nada, de la que vienen y a la que volverán, mientras vos ascendés a tu galaxia y tu palabra, viva entre nosotros, se esparce por la Tierra y alza vuelo al Universo adonde ahora estás, abrazado a Dios.

III

Libre ya del cerco y del acoso, volviste a ser el mismo rajatabla. Qué poder en tus palabras, las últimas que dejaste dichas, esgrimiendo la verdad de frente ante el engaño. Desde tu estrella habrás visto desatada la furia de *la del bosque estéril*. Sus huestes enardecidas

cercándote en tu muerte, inútilmente. Tus cenizas son ya tierra de Nicaragua y la tierra en Solentiname ya es sagrada. Hasta allá llegarán peregrinos de todas partes a honrarte en tu santuario. Y los que hoy hasta en la tumba te persiguen, serán solo podredumbre engusanada. Dormí tranquilo, Padre. *El Amor ganará*.

San Francisco, 12 de agosto de 2019
/ 6 de marzo de 2020

Al maestro Antonio Machado

Al pie de la cuesta inhóspita quedaron las maletas.

Atrás quedó Barcelona y la última noche insomne
en Viladasens.

Y el coche abandonado en el desorden.

A despecho del frío, torpemente
sube bajo la lluvia, empapado el sombrero
y el traje arrugado, brilloso en las rodillas.

El cuchillo del viento va hiriéndole la cara.

Lejos los agrios campos, las ciudades decrépitas
de su Castilla ingrata, pero amada.

La frontera contiene su único presente
y *Cerbère* y *Collioure*, todo el futuro.

Atrás, robles y chopos y hierbas olorosas,
los cipreses, los cerros, las colinas de plomo,
los rojizos alcores, el pedregal y el llano.

Ni álamos ni encinas, ni Soria en primavera
donde un día pasó por su puerta la dicha,
ni el Duero, ni los campos de trigo y de centeno.

Más lejos aún los prados de su tierra andaluza,
azules serranías contra la tarde de oro,
palmeras y olivares bajo un cielo de añil.

Limonero del huerto, espejo de la fuente,
y claveles y nardos y albahaca y hierbabuena,
y aroma de las plazas con naranjos en flor.

¿Cómo no va a morir, si sabe que no vuelve
a su tierra de España, que le encanta y lo indigna,
y ama entrañablemente con resignado amor?

Cuando Ella llegó esa tarde, puntual, a las tres y media,
estaba como él predijo, para su último viaje.
Su mundo murió con él un Miércoles de Ceniza.

Se llevaba, eso sí, consigo en el bolsillo
(en un papel estrujado donde a lápiz decía:
Estos días azules y este sol de la infancia)
a su España, su Castilla, y su huerto andaluz.

Preñez

Esta inesperada redondez,
este perder mi cintura de ánfora
y hacerme tinaja,
es regresar al barro, al sol, al aguacero
y entender cómo germina la semilla
en la humedad caliente de mi tierra.



Colección
Lima Lee

